

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, febrero de 1956

Núm. 1044

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".  
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## LA LEYENDA DEL ROBLE

NADIE sabía los años que aquel tronco llevaba muerto.

Ni fray Agustín, el más ancianito del convento, que ya estaba próximo a cumplir un siglo, recordaba haberle visto nunca con hojas.

—Sólo sé que las lágrimas de la penitencia le harán florecer—decía el viejo muchas veces a los mozos—. Hay una tradición que así lo afirma. Y aquel día vendrá un tesoro divino al monasterio...

Y las luengas barbas blancas de fray Agustín temblaban de emoción al evocar la misteriosa conseja.

El ya no lo vería... ¡Era tan viejo!... Ya casi no podía llegar hasta el extremo del valle; se rendía, se agotaba. Sin embargo, todas las mañanas, después de celebrar devotamente la Misa, tomaba su báculo y, pasito a pasito, iba a contemplar al carcomido tronco. Años y años llevaba repitiendo su diaria visita; ya no sabía cuánto tiempo, desde que leyó en aquel casi indescifrable pergamino la poética tradición. Era joven entonces; hacía muchos, muchos años.

Y el roble continuaba seco. Ni la yedra le vestía con sus pabellones verdes: allí estaba, negro y solo como un ánima en pena.

Y todas las mañanas volvía fray Agustín al convento, murmurando entre sus blancas barbas:

—¡Señor, Señor! ¡Mándanos el divino tesoro!

Y así un día y otro día, en los fríos amaneceres del invierno, cuando todo el campo dormía silencioso bajo su manto de escarcha, y en las claras mañanitas primaverales, en que todos los mirlos del bosque se agrupaban en el sendero para saludar al anciano.

\*\*\*

—Grande es tu pecado, hijo—murmuró fray Agustín cuando el mozo hubo terminado su relación—grande es tu pecado, pero la misericordia de Dios es infinita; confía en ella... Yo rogaré por ti esta noche... Mañana, al rayar el día, búscame en la iglesia...

Y cuando los monjes se entregaron al sueño y el silencio se hubo adueñado de la casa, el anciano bajó a la

iglesia y se postró en las gradas del altar. Las primeras luces del alba le hallaron sumido en profunda oración.

Menester fué que fray Antonio le tirase de la manga para hacerle volver en sí.

—Padre—murmuró el lego—, el huésped le espera...

Y levantándose apresuradamente, el anciano tomó de la mano al penitente y le condujo a un apartado rincón de la iglesia.

—Hijo—exclamó fray Agustín cuando estuvieron solos—, esto me ha revelado el Señor: te quedarás al servicio del monasterio y harás penitencia cinco años. Todos los días has de ir a orar al pie de aquel tronco seco de roble que está en la explanada al extremo del valle. Las lágrimas de tu arrepentimiento han de hacerle florecer... Y entonces habrás satisfecho tu deuda a la divina justicia. ¿Crees esto?

—Creo, Padre, todo lo que tú me digas, y estoy dispuesto a obedecerte.

—Si pasados los cinco años el tronco no ha florecido, tú mismo le has de derribar... y mientras quede una sola astilla... confía, hijo, y piensa que puede florecer... Nada hay imposible para Dios... y su misericordia es infinitamente mayor que tu pecado... Ahora vestirás el hábito y te llamarás fray Ventura.

Y mientras el penitente inclinaba su cabeza hasta el suelo, fray Agustín trazó con su diestra el signo de la cruz.

\*\*\*

Todas las tardes, cuando, terminada la diaria labor, los monjes se reunían en el huerto, fray Ventura se encaminaba hacia el extremo del valle donde se levantaba el viejo tronco.

Satanás le aguardaba en la espesura. Ya desde lejos veía el monje las peludas orejas y oía el rechinar de dientes con que le saludaba.

—Ya está aquí el loco—aullaba el maldito—, el insensato que quiere resucitar, a fuerza de lágrimas, un tronco seco. ¡Llora, llora, llora! ¡Al fin serás mío!

—¡Jesús!—murmuraba el fraile, y huía el demonio galopando con estruendo entre las jaras.

Pero tornaba a poco insistente, con un cortejo de inmundas y espantosas sabandijas.

—Fray Agustín se ha burlado de tí. ¿No ves que esto es una estulticia?... ¡Estás perdiendo el tiempo!

—Fray Agustín es un santo... y la misericordia de Dios es infinita...

—¿Misericordia para tí, Caín?. Mira tus manos... ¿La ves? La sangre de tu hermano clama venganza... ¡No hay perdón! ¡No hay perdón!

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!—sollozaba el desdichado, hasta que el toque del «Angelus» lanzaba al espacio sus campanadas vibrantes, que los ecos del bosque repetían.

Y así un día y otro día, un año y otro año, con heroica constancia.

Y transcurrieron los cinco años.

Ya fray Ventura no era ni su sombra. Encorvado, amarillento, con los ojos hundidos en las manos amoratadas, grises el cabello y la barba, parecía casi tan viejo como fray Agustín, y acababa de cumplir cuarenta años.

\*\*\*

El sol se hundía tras del monte cuando fray Ventura llegó al extremo del valle.

Ya desde lejos le saludaron las infernales carcajadas del Maldito, agazapado, como de costumbre, tras el viejo tronco. Sus ojos brillaban en la penumbra crepuscular como carbones encendidos. La voz estridente desgarraba el silencio:

¡Ja, ja, ja!... ¿Ya estás aquí, fray Ventura?... ¿Lo ves?... Se cumplió el plazo y tu roble está tan seco como el primer día... ¡No hay perdón para tí!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gemía el desdichado.

—¿Cómo pudiste creer tal necedad? Has agotado tu vida estérilmente y, ahora, ¿qué será de tí? ¡Eres un loco, fray Ventura!

—La misericordia de Dios es infinita...

—¡No la hay para tí!... ¡No la hay para tí!

—Confiaré hasta el último instante—murmuró el fraile.

Y levantando el hacha, la dejó caer sobre el añoso tronco.

—¡Leña para el fuego!—rugía alborozado Satanás—. ¡Leña para el fuego! ¡Así arderás tú en el infierno para siempre!

Y a cada golpe de hacha repetía el maldito, como un eco:



—¡Para siempre!... ¡Para siempre!  
¡Para siempre!...

Fray Ventura se detuvo al fin, rendido. Un sudor frío bañaba sus sienas; no podía más.

La noche había cerrado por completo, cargada de nubes tormentosas. Sólo brillaban en la obscuridad los ojos ardientes del Maldito.

—¡Valedme, Virgen Santa!—sollozó el monje, descargando por última vez el hacha sobre el roble.

Y, ¡oh prodigio!, el tronco se hendió de arriba abajo, y una suave claridad de aurora salió de su interior. Y fray Ventura, estupefacto, vió dentro del roble una imagen de María con el Divino Niño en el regazo. Sonreíale la Señora amorosamente, y el Niño tendía hacia él los brazos redentores.

El monje cayó de rodillas.

Los dulces ojos de la Virgen se posaban sobre él con infinita ternura. Una gran paz invadía su corazón. El Maldito había huído para siempre.

Y fray Ventura, extático, comenzó:  
—¡Salve, Regina, Mater misericordiae!

\* \* \*

¿Qué extraña impaciencia dominaba a fray Agustín aquel día? Celebró la misa más temprano que de costumbre, y tomando su báculo, se encaminó al valle. Un nuevo vigor parecía animar sus agotadas fuerzas, y diríase que los mirlos cantarines, asomados entre el follaje, le gritaban alegremente:

«Fray Agustín!... ¡Corre!»

Y echaban a volar delante de él por el sendero.

Cuando llegó al viejo tronco, un extraño espectáculo se ofreció ante sus ojos. Todas las aves del bosque se habían congregado en la explanada y elevaban a coro armonioso concierto. Hasta las blancas palomas del monasterio revoloteaban en torno del roble secular.

Y bajo la dulce mirada de la Virgen, fray Ventura dormía plácidamente el sueño. Una suave sonrisa iluminaba sus labios exangües entre las barbas hirsutas.

Fray Agustín no volvía de su asombro: creíase víctima de una alucinación; como un rumor lejano llegaba a sus oídos la algarabía de las aves.

Poco a poco se fué haciendo la luz en su espíritu... Y recordó...

Y entonces, como impelido por un resorte, echó a correr hacia el monasterio, llorando y riendo a la vez y diciendo a grandes voces:

—¡El roble ha florecido, hermanos!  
¡El roble ha florecido!

ESTER LOPEZ VALENCIA

## Rey contra Profeta

Carta de Cayo a Tulio

Juan el Bautista: tal es el nombre del profeta de quien te hablé en mi primera carta, y que acaba de ser encarcelado por orden del rey de Galilea. Su historia merece conocerse.

Ya sabes que Galilea y la Perea están

gobernadas bajo el protectorado de Roma y con más o menos restricciones, por el rey Herodes.

Este, aunque hijo de Herodes el Grande, sólo heredó de su padre los vicios.

Casado con la hija de Aretas, rey de Arabia, sedujo y robó a Herodías, mujer de su hermano Felipe, y al mismo tiempo sobrina suya, y se casó con ella.

La hija de Aretas volvió a casa de su padre, quien ha jurado odio y venganza inextinguible a Herodes, y que acecha la ocasión favorable para declarar la guerra.

Entretanto Herodías goza de su encumbramiento, y los dos amantes se entregan a toda clase de placeres.

Herodes habita un palacio notable por su elegancia y por su lujo, en la preciosa ciudad de Tiberíades, llamada así en honor de nuestro Emperador, ciudad de creación reciente que el rey actual ha convertido en centro cosmopolita, a la par que en población romana. Hállase admirablemente situada a orillas del lago, no lejos de Magdala, y cuando la visito me complazco en ver allí reproducidos en pequeño los pórticos, las termas, los teatros y los lugares de distracción de Roma.

Los galileos están muy escandalizados de la conducta de su rey; pero el terror que éste les inspira sella sus labios, y esa pareja incestuosa y adúltera desafiaba impunemente la conciencia pública, cuando una voz poderosa se ha dejado oír, denunciando el escándalo.

Esa voz era la del profeta Juan, apellidado el Bautista, porque bautizaba a sus discípulos en las aguas del Jordán. Y ahí tienes, mi querido amigo, un tipo extraordinario, que hubiese causado honda sensación en el Foro romano.

Ese hombre es la encarnación del desierto, que ha habitado por espacio de veinte años. En esos veinte años ha guardado silencio, hasta que de repente se convirtió un día en una voz, pero una voz tal que el mundo no ha oído otra semejante. No sólo habla su boca, sino que hablan su fisonomía, su actitud, sus ademanes, su vida: todo habla en él, y todo es elocuente. Después de haber sido el mutismo hecho carne, se ha transformado en la personificación de la palabra, y cuando se le pregunta quién es, se limita a contestar: *ego sum vox*.

Habla como hablaría tal vez el hombre primitivo, o más bien habla el lenguaje de un mundo misterioso que los demás no conocemos, y que a él han debido revelar-le las visiones de su vida solitaria.

Tal es el hombre que ha osado erguirse enfrente de Herodes Antipas. En las sinagogas, en las orillas del Jordán, y en la playa misma de Tiberíades, doquiera que su predicación atraía las multitudes, Juan lanzaba los más terribles anatemas contra el rey y su vida escandalosa.

Los guardias del palacio le pusieron preso, conduciéndole delante de Herodes. Pero allí mismo, en presencia de los cortesanos y de Herodías, estremecido de indignación, ha continuado acusando, en vez de excusarse, y ha dicho a la real pareja: «vuestra conducta es criminal».

La reina, ofendida, quería que Juan fuese ejecutado inmediatamente; pero el rey no lo consintió, ordenando encerrar al prisionero en su castillo de Maquerón, en

el fondo de las montañas de Moab, en la Perea.

Regresaba yo ayer de un paseo por el sur de Tiberíades, que se encuentra a seis millas de Magdala y llegaba, a las puertas de la ciudad, cuando me encontré al desgraciado profeta conducido por los soldados galileos.

Llevaba descubierta la cabeza y desnudos los pies, y vestido el cuerpo con ropas gruesas tejidas con pelo de camello. Pero su cabellera flotaba al viento, formándole como una aureola luminosa, y sus ojos, levantados al cielo, lanzaban relámpagos.

Los soldados le injuriaban y escarnecían, sin que pareciese oírles. Su boca elocuente, que ha arrebatado de entusiasmo a un pueblo entero, permanecía cerrada, acaso para siempre.

Y ahí verás, mi querido Tulio, cómo los dueños de la tierra saben ahogar el grito de las conciencias honradas, y las voces varoniles que se atreven a proclamar la verdad y a defender la moral. Grande necesidad tiene el mundo de ser regenerado, y urge ya que llegue ese Mesías, esperado por los judíos.

Vale. 20 diciembre 780.—Magdala.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

...¿Y dónde encontraremos la regla de conducta?

El lo dice.

—En la ley de Dios.

Y aún añade: Yo he venido a cumplirla. Jesús de Nazaret, ha venido al mundo para dar ejemplo a los hombres del respeto que se debe a la Ley de Dios.

Ella es nuestra norma, nuestro Código fundamental.

En sus Mandamientos, Dios nos dió las leyes a las que tenemos que ajustar nuestra vida. Y Dios ha hecho las cosas tan perfectamente, que nos dió, también una conciencia que es nuestro propio juez para que sea la constante vigilante de nuestras acciones y que nos diga que hemos faltado, sintiendo en nosotros como el eco de Dios que nos habla.

Magnífico reloj. Es tan exacto que ni un sólo segundo modifica su ritmo y sus horas. Diariamente comprobamos su exactitud. Nunca hay que rectificarlo. Con regularidad, también nosotros, damos la cuerda o alimentación necesaria para que siga su marcha normal del tiempo. Es admirable. Eterno. Jamás podrá detener su acompasado tic-tac porque todo él es perfecto, exacto: su maquinaria, el acero de que está hecha, el temple de la misma.

Y así años y años, el reloj de marca ya muy acreditada continúa su marcha desafiando el tiempo, los climas, los años, con esa regularidad que llega a dar una confianza ciega y absoluta de que jamás podrá detenerse ni envejecer.

Pero un día... la sorpresa nos hace agitar con violento nerviosismo el reloj. Está parado en una hora cualquiera. No importa. Quieto. Con toda la cuerda en



tensión, su marcha se ha detenido y nos ha llenado de estupor. Vamos rápidos al relojero. Le explicamos la historia de aquel reloj inmortal. Nuestra extrañeza. Nosotros no hicimos nada. Apareció quieto, cuando menos se esperaba.

El relojero, agrandando su vista con el aumento del cristal para observar las entrañas de aquel reloj, y diagnosticar su mal, lo examina en silencio. Tan en silencio que callamos respetuosos durante el examen. Pendientes y preocupados de que vamos a saber algo que ignorábamos. Una enfermedad desconocida. Un secreto que nos llenará de sorpresa que explique la enfermedad mortal de aquel reloj que rítmicamente caminaba desde hace muchos años desafiando el tiempo y dándonos la seguridad de su inmortalidad.

Ha terminado el examen. El relojero con la seguridad del cirujano que contempla el cuerpo abierto del enfermo o del cadáver en su quirófano, nos dice:

—Tiene roto un eje. Es mortal. Puedo cambiarlo y ponerle otro. No será ya de un acero tan perfecto y templado como el roto, pero podrá seguir viviendo. Seguramente algún golpe, un exceso de frío, cualquier cosa interrumpió su marcha normal.

Y aquí termina la historia de un reloj inmortal, eterno, que desafiaba al meridiano en la exactitud de las horas.

También nuestra maquinaria es perfecta, exacta, magnífica. Pasan los años y llega a parecernos inmortal. Creemos que nuestra vida durará eternamente. Nunca sentimos en nosotros el dolor ni la enfermedad. Pero, también, un día... un accidente cualquiera, una casualidad rarísima, en un rincón lejano de una carretera, se interrumpió la marcha de nuestra perfecta maquinaria.

¡Qué fácil es morir! Muy pocos momentos antes, la vida llena de salud de optimismo, de alegre porvenir, nos sonreía. Momentos después, somos un montón, una masa, destrozada, por el accidente o por la enfermedad, que interrumpió el tic tac de nuestro reloj.

La sorpresa y el estupor llenarán de asombro a todos nuestros familiares y amigos, pero, la muerte, inexorable, surgió ante nosotros en el momento más sorprendente y cuando la vida con toda su fuerza, daba energías a nuestra máquina humana, tan perfecta y tan débil al mismo tiempo, pues que está a merced de un accidente cualquiera, fácil de ocurrir en estos tiempos que vivimos, que detengan nuestro corazón, por que una pieza fundamental a la vida se rompió con gran sorpresa de todos.

Y esto ocurre todos los días. El reloj se para, la vida se interrumpe definitivamente en nuestro derredor; y si el reloj puede ser reparado, la vida no es posible hacerla surgir de nuevo en el cuerpo inerte del cadáver.

La Iglesia, en estos tiempos, nos llama a la meditación.

La cuaresma, todos los años, nos ayuda a pensar lo frágil de esta vida y las muchas probabilidades de una muerte rápida o lenta, pero segura.

Tarde o temprano sin saber nunca cuándo, llegará ese momento y ese instante supremo de rendir cuantas a Dios de nuestros actos.

La ley de Dios, cumplida a todas horas y todos los días, nos dará una tranquilidad de espíritu muy grande para vivir siempre dispuestos a presentarnos ante el Juez Supremo, cuyo momento ignoramos, pero que siempre puede ser instantáneo, sorprendente, como el reloj que con orgullo comprobamos a diario su funcionamiento, y un día...

Momento, homo... que eres polvo... y en polvo te has de convertir.

R.

## Candelera eterna

Ante el altar sagrado del monumento, aún arde la candelera que encendió un día con promesas de firme renunciamiento, la singular y dulce Virgen María.

Nueva luz en el templo; ya los rincones no están en la penumbra. Los fariseos descubren, sin saberlo, sus corazones; los fieles se percatan de sus deseos.

Nueva luz, que ilumina las oscuridades donde, oculto y humilde, la oscuridad antes cubría tantas heroicidades como hoy vemos que tiene la santidad

Fué en el templo una aurora, aquella vaga luz que salía brillante de una candelera que encendida una tarde, ya no se apaga, que es de nuestras conciencias fiel centinela.

Hoy ya no es aquel templo; la llama esquiva, sin apagar sus luces, en el santuario del Nuevo Testamento, llena de vida, nos alumbra el camino que va al Sagrario

Hermenegildo Rodríguez

## Nuestro número extraordinario de las "Bodas de Oro"

Nuestro número extraordinario ha sido bien acogido por todos.

La Radio Emisora Gijón, el periódico „El Comercio,, y otros periódicos, han hecho comentarios elogiosos, recordando a su fundador, y a la labor que venimos desarrollando en nuestros cincuenta años de vida.

Mucho agradecemos a todos, y a los innumerables amigos y favorecedores que nos han demostrado su aprecio y simpatía por nuestra labor. Muchas cartas hemos recibido de felicitación, y a todos les agradecemos sus palabras de ánimo en nuestra tarea.

También hemos recibido, con motivo de dicho extraordinario, muchas suscripciones, y con ello hemos podido aumentar el reparto gratuito que venimos haciendo en las escuelas y otros centros de carácter diverso. En algunas Empresas hemos recibido órdenes de enviar el periódico a todos los obreros y empleados de la misma. Con ello nuestra labor de propaganda ha sido aumentada y extendida a más número de lectores.

El resultado económico de este número extraordinario no ha sido muy malo, ya que muchos han contribuido a que el déficit no sea muy elevado.

A todos muy agradecidos y que el resultado espiritual de este extraordinario sea en beneficio de todos.

## El trato de Febrerillo

(CUENTO)

Por Manuel Vela Jiménez

Erase que se era — el bien que viniere para todos sea y el mal para quien le fuere a buscar —, un pastor cazurrón, largo de malicia y corto de talento, siempre con las orejas a lo lebel, desconfiado y avaricioso, que apacentaba por el Moncayo su ganadico: dos docenas mal contadas de ovejas y corderos y algunas cabras de contrata,

Llamábase Pero Quadros, pero en el pueblo cercano le llamaban Pero Cuba por su amor a soplar al revés que el botero. Bajaba pocas veces del monte: para San Gregorio y para Santa Tecla, algún año para la Virgen de Mayo y todos para las fiestas, allá por las últimas de octubre, cuando los graneros están llenos y las bodegas aún no han perdido el olorillo de mosto.

—Sopla Pero Cuba, que el alcalde lo paga—le chillaban los granujas cuando cargaba delantero. Y él los corría como un descosido para darles unos coscorrones.

Pero todo esto sólo le ocurría cuando bajaba al pueblo, muy de tarde en tarde. El resto del año lo pasaba de monte en monte y de risco en risco. Tenía un zagalillo: una ardilla, pícaro como él solo, que bajaba todas las tardes las cabras de contrata para ordeñarlas y volvía con la del alba a juntarlas de nuevo al rebaño. Tenía que abrir cien ojos con él, pues le hacía trampantojos en lo que tarda un suspiro. Claro que el zagal las pasaba estrechas como un chucho de vida birlonga, y agudizaba el ingenio de pura hambre. Los días de fiesta veía un mendrugo de pan, duro como el corazón de Judas, un trozo de queso y la bendición. Los otros días, la bendición a a secas o con algún melocotón o algún racimo de garnacha, según la estación, „manus operandi”.

Pero Quadros era prieto de bolsillo. Escasimaba hasta las palabras. Tenía un bolsón con buenos escudos enterrado, él y el diablo sabían dónde, que sólo le echaba el ojo para el mes de abril, cuando venía el buen tiempo y sacaba el rebaño fuera de borrascas y peligros. Entonces vendía los corderos de mejor ver y alguna que otra oveja para la gente pobretona.

En el punto y momento que lo sacaba a relucir, corrían los últimos días de enero. Se acercaban los días malos para el ganado, entraría pronto febrero, febrerillo el loco — y el corto —, el que no pasó de veintiocho, secó a su padre el sol, y lo apedreó: días de borrasca y granizadas. Los corderillos recién nacidos tenían, como todos los años, que acurrucarse al amor de las madres, muertas de hambre, en los corrales, por no poder salir a correr monte. Pero Quadros andaba de mal talante. El zagalillo pagaba los malos humores, sin comerlo ni beberlo. ¿Que tronaba? Mojicón al canto. ¿Que llovía? Palos en las costillas. Y así siempre. Estaba aborrecido el pobre.

¡El sí que temía con razón el mal tiempo!

Pero he aquí que una mañana de perros — la nieve subía un palmo —, se le presentó, de buenas a primeras un viejecito raído, dobladillo de talle que no levantaba dos palmos del suelo. Era feo como un susio de San Antón

—Buenos días tengas, pastor, y tú también, zagal — saludó.

—¿Buenos días? — masculló Pero Quadros. ¿Buenos días, dice usted, viejo, y no se puede dar un paso, de nieve y de frío? Pocas



chanzas, amigo. Diga qué le trae por aquí y márchese noramala, cuanto antes, que no está la Magdalena para tafetanes.

—Mala hierba has pisado, pastor. Nada voy a pedirte. Vengo de paso. Soy Febrero, Febrerillo el Loco—o el corto—, como me llamáis vosotros, ¿no me habías conocido?

Pero Quadros se quedó de piedra. ¿Con qué Febrero, nada menos que Febrerillo el Loco, era el vejete raído? Lo primero que se le acudió fué echarle un nudo ahorcaperros al cuello. Los corderillos se le morían por su culpa. Pero recapacitó un momento y no lo tomó a la tremenda. Le hizo un trato después de darle vueltas y más vueltas al magín.

—Oye, Febrerillo, te propongo un trato.

—Veamos, pastor, en qué consiste.

—Mira, viejo: tengo a las ovejas muertas de hambre por el tiempicillo dichoso que te gastas. Los corderillos se pasan el día balanceando que es una lástima. Si tú asomases el sol y te llevaras la nieve y las tronadas, te regalaba el mejor de mis corderos; aquel que ves allí, con una hermosa estrella negra en la frente. ¿Aceptas?

Febrerillo se quedó pensativo unos momentos. Luego, miró a los ojos al pastor y le tendió la mano.

—Trato hecho. Yo saco el sol, me llevo la nieve y las tronadas, y tú, en cambio, me das ese cordero que tiene una estrella negra en la frente.

—Eso es. Si te portas como es debido, yo, el día 24, te regalo el cordero.

Y se dieron la mano.

Marcharse el vejete y hacer buen tiempo fué todo uno. Asomó el sol. Cantó la alondra. Los gavilanes bajaban planeando a buscar conejos y lagartos. La nieve se fundió. Pero Quadros cantaba que era un gusto.

Pasaba Febrero que era una delicia. Las ovejas engordaban y los corderillos hacían las mil piruetas por los riscos. Llegó el día 23.

—¡Anda!—se dijo Pero Quadros—, ¡Mañana vence el plazo! Tendré que darle el cordero jareto a Febrerillo. Con lo majo que es y la tripa que echa.

Y todo era darle vueltas a la cabeza, roído por la avaricia.

—¿Y si no se lo diera? Pocos días faltan para que venga Marzo. Aunque vuelva la cara el viejo, poco tiempo le queda. A francas y barrancas pasaremos. Decididamente, no se lo doy.

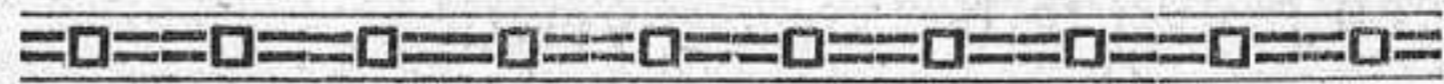
Y cuando Febrerillo, confiado, se presentó a por el cordero, el pastor se lo negó. El otro se llamó a engaño y puso el grito en el cielo. Pero Quadros seguía en sus trece. No le daba el cordero. Febrerillo se enfurruñó y alborotó a más y mejor.

—¡Ah, traidor madrigado! ¿Conque no cumples lo prometido? Pues bien. Guárdate tú cordero. Con cuatro días que me quedan y otros cuatro que le pediré a mi hermano

Marzo—el de las marzadas—, no he de dejarte una res en tu ganado.

Y efectivamente, aquel mismo día empezó a tronar, a caer granizo y a ventiscar que fué un gusto. Como lo había predicho Febrerillo, hasta el 4 de marzo hizo un día malo y otro peor. Pero Quadros se tiraba de los pelos y echaba la hiel por la boca viendo cómo se morían sin remedio las ovejas y los corderos.

Quiso arreglar el emplasto, pero fué tarde. La venganza de Febrero fué cumplida.



● Comentando **Febrerillo el loco**

Estamos viviendo en ese mes que los hombres, y no sin razón, nos dió por llamar Febrerillo el Loco. El loco, y en todos los sentidos, al menos para el modo de razonar de los hombres, que somos, si no ciegos, al menos tuertos en nuestras apreciaciones y juicios. Febrero el Loco, y así nos parece por su modo presentarse, desequilibrado en todos los aspectos. Empieza encendiendo una candela ante el altar y termina vistiendo la máscara de Momo y de Terpsicore. Poniendo una vela a Dios y otra al diablo..., para arrepentirse después a todo lo largo de una cuaresma.

Soplan vientos fríos del más crudo invierno; llueve a romperse las nubes y congela nuestras carreteras blanqueándolas de nieve, o luce el caliente sol de una promesa primaveral que se trunca cuando menos se piensa, o nos calefacciona con un calorillo estival, que a la media vuelta se torna en resfriados y pulmonías. No nos deja hacer cábalas sobre la posibilidad de un tiempo cercano, y defrauda todo lo que nos envía, por ser diametralmente opuesto a lo que primero nos había anunciado...

Efectivamente, es Febrerillo el Loco. Y somos nosotros, los hombres, los que nos creemos de sobra capacitados para emitir este juicio sobre Febrero, creyendonos de mejor contextura que él, con más seriedad que él, con más fundamento que él. ¡Miopes de nosotros! Si nos analizásemos con el mismo desapasionamiento que ponemos al analizar a nuestro mes víctima, no creo que saliésemos muy bien parados.

Nosotros, como Febrero, también encendemos nuestra vela a Dios, al mismo tiempo que dedicamos otra al demonio. También en nosotros soplan vientos variables, que son de calma cuando esperamos tempestades, y son de verdaderas tempestades cuando nos anunciábamos,

beatíficamente, el consuelo de la calma. Y no digamos nada de nuestros rostros cubiertos con el antifaz terpsicoreo o miano de la hipocresía y de la doblez.

Si uno de esos frailecitos encapuchados más o menos, que mide los compases atmosféricos con una batuta, se distrajese un momento, y se pusiese a medir los compases atmosféricos del hombre, estoy seguro que cubriría con la capucha sus ojos, y a ciegas, intentaría acompasarnos con su batuta, dándonos con ella en la cabeza con todas sus fuerzas, si es que irritado no nos la metía por los ojos para que nosotros mismos no nos viésemos tan variables como somos.

Y es que los hombres somos los Febrerillos Locos de la creación, siempre presuntuosos de imperturbabilidad, y, a pesar de nuestra presunción, llenos de variaciones e inconsciencias ridículas, vemos la paja en el ojo ajeno y desconocemos la viga que molesta nuestro ojo.

Suerte tenemos de que el frailecillo de la batuta se ría de nuestras imperfecciones y no se digne ni si quiera preocuparse de nuestra constante variación que si así no fuera, nos veríamos con la cabeza hinchada de golpes o quizás con las cuencas de los ojos vacías.

HERO

# VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

## AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

### MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

## JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

### Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

La

# Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)